

MEXICO

F1213

B45

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

QUINTA CARTA.

SUMARIO.

CARTA de Europa: reflexiones diversas.—San Martin.—
 Antiguas minas de oro.—Influencia de las minas sobre la
 agricultura en México.—Crítica sobre el modo de escribir
 la historia.—La hacienda de „los Cañedos.”—El autor to-
 mado por Iturbide.—Nociones históricas sobre Iturbide.—
 Un Santuario: milagros: culto mimico el mas burlesco.—
 Los „NICOLLOTTI y los CASTELLANI” de Venecia.—Los „Scia-
 si” y los hebreos; los „Silli” y los faquices; los CAMILLI los
 FLAMINI, los Fibecinos &c.—Una procesion de veinte mi-
 llas. AMECA; una novena: sus minas.—El rio Ameca.—Pa-
 so encantador de la montaña de Ameca.—Poblacion de
 ACUALTLCO.—El autor acusado y absuelto.—Los MOZOS ó
 criados mexicanos.—HELZETLAN.—Opinion de los habitan-
 tes del pais sobre el objeto de los extranjeros que por él
 viajan.—La hacienda de las ESTANCIAS; sus minas.—En-
 cuentro feliz: las mas raras perlas.—Sitio romantico.—La
 gruta de la ninfa Egeria.—Una grande hacienda de PLATA.
 —Nociones sobre la explotacion de las minas y sobre el mi-
 neral.—El mercurio y sus fenómenos sorprendentes: si el
 uso que de él se hace es antiguo ó moderno.—Magia para
 descubrir las minas.—VARIAS DE VIRTUD DIVINATORIA de los
 jesuitas Sehál y Dechallés; los ingleses y S. Cirilo.—Pro-
 duccion de los metales en el seno de la tierra: Ariosto, Pli-
 nio, Tubalcain, los Alquimistas, los mexicanos.—HOSTOTI-
 PACHILLO, un real de minas.—Las Californias, la SINALOA y
 la SONORA; nociones históricas, politicas, geograficas y es-
 tadísticas.—Los jesuitas y los franciscanos.—Un cura y un
 pobre hombre: rasgo odioso de avaricia.—Riberas del mar
 pacifico y las del mar Atlántico: diferencia notable de con-
 figuracion: opinion de los sablos.—Pueblo de la Magdale-
 na: un crucifijo: las Phrineses, los ladroncillos y un fran-
 ciscano.—El autor escapa de un gran peligro.—Tequila:
 descubrimiento.—Los TEPECUANES del Mississippi. (Los ha-
 bitantes de la antigua CIBALAS,) y el nuevo México.—Los
 Sijoux del Mississippi y los habitantes de Tequila.—Lenguas
 de Europa, lenguas de las otras partes del mundo, rasgo
 distintivo.—La numerosa familia del maguay (igave) y del
 nopal.—(CACTUS.)—Los ladrones y el autor.—Trágico des-
 enlace.—EXITLAN y su alcalde.—Llegada del autor a Gua-
 dalajara.—Americanos y Europeos: Paralelo.



Guadalajara, Octubre 8 de 1824.

El día de mi arribo á esta ciudad ha sido un día de gozo para mí; el segundo que vuestra amistad me proporciona desde que estoy en México: he recibido vuestra muy querida carta de 1.º de Julio del año pasado. Ha dado esta carta un paso mas que la de 25 de Mayo, buscandome tambien en los Estados Unidos, y en este vasto imperio: le debo por lo mismo mayores agradecimientos. ¡Qué placer siento, condesa, al ver que me seguís con la misma simpatía que me hace so-

licitar vuestra consoladora asistencia á mis paseos! ¡Qué consuelo habrá igual á la estimacion de una muger que me ha sido conservada á despecho de una miserable turba de enemigos y que me ha enseñado á apreciar su verdadero mérito! ¡Qué castigo tan grande para la maldad el no haber podido lograr sorprender vuestra religion y vuestra justicia; el que no vaciléis en decir que yo merezco las distinciones con que me honráis y ver que se intenta en vano apartaros de mi reconocimiento!

Vuestras cartas serán siempre de un gran precio para mí; pero esta me es ademas necesaria. Tenia yo necesidad de trasportarme al otro lado de los mares, al seno de mi patria y de las personas y recuerdos que me son tan estimables, para arrancarme de las vivas impresiones de que me he visto presa durante mi permanencia en Cocola.

Sin embargo, es necesario que vuelva al mé- nos con mi pluma para juntar el punto de partida en que os ha dejado mi última carta! Estoy con vos: con un Mentor tan amable podré resistir: ademas, á mi edad debe uno ser

mas fuerte que Telémaco. Mi corazón es quiza joven; pero mi razón retirada diez lustros de la cuna, y después de un tan largo curso de experiencia y vicisitudes, debe estar en toda su virilidad; debe saber combatir y vencer. Sigamos pues con valor nuestro camino y mi suerte.

El 3 de Setiembre partí bendiciendo á esta inexplicable Cocula. Tomé el camino al Oeste y paré á almorzar en la aldea de San Martín á doce millas de Cocula. Triste almuerzo por cierto, condesa. El corazón y el estómago encerrados entre los atractivos que volvían mis miradas y atraían mis pasos hacia el Este y la violencia de una resolución tomada que me impelia hacia el Oeste. Una torta, presente de la mas dulce hospitalidad, era la compañera y el único manjar para mi comida. . . .! Que las *almas fuertes* para quienes la espresion aun del reconocimiento es frecuentemente un crimen, me acusen de *rapso día*. No me espanto de esto; pero las *almas bien nacidas* aprobarán lo que espero. Rousseau tenia cincuenta años cuando es-

cribia sus cartas á Sofia! Sin osar hacer *mis confesiones* como él, al ménos no creo aventurar mucho manifestando mis sentimientos por lo que me parece á la vez noble, dulce y generoso.

San Martín es una aldea poblada de criollos é indios. Fué criada y prosperó bajo los auspicios de una mina de oro y plata. La domina una montaña tres millas hacia el Sur, en donde está la mina que en otros tiempos arrojaba de su seno grandes tesoros y que en el dia parece agotada ó perdida.

En México las minas han secundado siempre á la agricultura, contra la opinion general ó las preocupaciones esparcidas sobre esto en Europa. Puede que las riquezas ó comodidades debidas á la agricultura hayan sido para los mexicanos un motivo de que se interesasen ménos á las explotaciones minerales. Yo sé que las minas de San Martín aunque se les considere abandonadas se visitan todavía por los indios que van allí con el objeto de juntar lo que llaman ellos su *platilla* y su *orillo*; y que son pequeñas cantidades de

plata y oro que de allí sacan. Pero llamados á sus campos que les aseguran lo que han menester en abundancia, se cuidan poco de entregarse á empresas inciertas para buscar en ellas lo superfluo.

¿Pero á dónde me lleváis ahora? oigo que me decís. ¿Camináis al azar como un vagabundo? ¿Acaso una nueva Dulcinea os impeló como á otro D. Quijote tras nuevas aventuras para merecerla ú olvidarla? Nada de eso, condesa: ya sabéis que yo no soy hecho para esa clase de *sensibilidad* ó de *pala-dinismo*. Deciros á dónde va un hombre que sigue su destino, sería exeder los límites de mi preciencia: además, habréis notado en todas mis otras cartas europeas y americanas, que jamas me permito un anacronismo ni aun de horas en menoscabo del porvenir. Nada me impacienta mas que las trasposiciones cuando las encuentro en otras personas; y debo creer que esto mismo sucederá al lector que las encuentre en mí. Transportándonos á inmensas distancias de tiempo, de lugar y de personas, confunden lo presente, lo pasado y lo fu-

turo; nos incomodan, nos fatigan, nos confunden: el objeto principal que nos interesa es sacrificado á accesorios indiferentes las mas veces; de donde viene que rompiéndose el hilo de nuestra lectura recibe tortura el entendimiento. Por otra parte, un hombre que solamente se pasea, debe referir en el dia lo del dia, en la hora lo de la hora, sin que su pluma se adelante nunca ni un paso ni un instante. Así opino yo; si vuestra opinion no es la misma tendré al ménos el mérito de haberos ahorrado el fastidio que en casos semejantes querria que tambien se me ahorrara.

Continué mi camino, y constantemente acompañado de mis pensamientos convertidos un tanto cuanto todavía en criollos, llegué en el mismo dia á la hacienda de los Cañedos, nombre de una de las mas respetables familias criollas y republicanas de Guadalajara. Yo conocí á uno de sus propietarios en Washington. Volvia de España como representante de México en las cortes y es actualmente miembro del congreso general en Mé-

xico. Su apoderado me manifestó mucha cortesía y urbanidad.

En otra parte se me había creído un agente de Iturbide; aquí se me supuso alguna cosa más.

En ninguna parte tenía Iturbide mayor número de partidarios que en la provincia de Guadalajara; en ninguna parte se creía menos que hubiese sido fusilado. Sentado á la mesa observo agitacion en toda la sala. Un criado habla al oído al apoderado. Se cuchichea misteriosamente: se miran los convidados reciprocamente, me dirigen una mirada ó inquieta, ó curiosa, ó escrutadora, ó sorprendida: yo no sé qué respeto extraordinario se manifiesta alguna vez en sus facciones y movimientos. Creí que alguna comedia nueva iba á verificarse y me puse á reír. El silencio continuaba con las pantomimas: al fin lo rompo preguntando al apoderado, qué significaba todo aquello. El me responde, despues de un rato de vacilacion, con embarazo, que una multitud de gente reunida fuera de la hacienda pedía verme.—Pero qué es lo que me

quiere?—Quieren ver á Iturbide, replicó con un tono casi de devocion. Entonces esplicándome claramente le rogué escusase á un hombre honrado la vergüenza de representar un Iturbide, y al gobierno la injusticia de vejarme para salir del error á que tal escena podría inducirlo. Logré persuadirlo que mi chamurrado español era hijo de la ignorancia y no de la *ficcion*: que gracias al cielo no me parecía yo á su héroe *nec intra nec extra nec in cute*: que Iturbide había sido fusilado, y los Iturbides no tenían la virtud de reproducirse como los pólipos.

Durante la guerra de la revolucion, Iturbide jamás llevó su mano sanguinaria hasta la provincia de Guadalajara. Las provincias del Bajío, de Valladolid &c., teatros de los holocaustos de este monstruo que sacrificó en ellas millares de víctimas al pretendido *trono*, no tienen lo mismo que todo México, una historia que corra el velo á los horrores y beneficios de la revolucion, los Catilinas y los Fabios, los Silas y los Marcelos. Los mexicanos no conocen sino vagamente los grandes sucesos

que han trastornado al país y sus respectivas provincias; no conocen de Iturbide antes de su imperio sino su *Grito de Iguala*; ignoran de su imperio todo lo que la adulacion no ha exagerado: no son los frailes y clérigos acariciados por él como los instrumentos de sus tiránicos designios, quienes ocultaban al vulgo todas sus iniquidades: y el mal enjendrado por las facciones ha eclipsado el mal que ha hecho el mismo. Por otra parte, el obispo de Guadalajara fué quien lo unjió emperador y la opinion de un pueblo ciego marcha siempre con la iglesia. Ademas, la provincia de Guadalajara ha tenido siempre graves cuestiones con México, cuestiones que no se han borrado del todo. Hé aqui, condesa, lo que conducia inconsideradamente á estos pueblos á la defensa de Iturbide: he visto vuestra sorpresa al aspecto del culto ofrecido á este ídolo infernal, y he querido disiparla instruyendoos sobre los motivos de esta estraña devocion.

Cuando sali de la hacienda encontré á la multitud que acababa de salir de su error ó

de su credulidad que alguno tuvo quizá la diversion de inculcarle. Ya no era el objeto de su curiosidad: sus miradas eran para mí tan difíciles en la esplicacion, como su idolatría: ¿y sobre qué fundan este amor hácia Iturbide? no sabrán responder si les preguntáis, sino que era *un gran hombre*. El mismo apoderado le cree un santo, *el único hombre capaz de dirigir los negocios públicos de México*. Supuesto que sabéis que el apoderado no es un zote y que es el agente de criollos ilustrados y liberales, juzgad ahora de la ceguera á que la impostura y la maldad han podido condenar á estos pueblos ignorantes. Otro culto no el de Iturbide habia reunido á la multitud en la hacienda en tales circunstancias.

Una imagen de la virgen, es conducida todos los años, de la hacienda al pueblo de *Amecca*, á veinte leguas al Oeste: se celebraba entónces la vispera. Estas *primi vesperi* consistian en danzar en la iglesia y en hacer delante de la imagen contorsiones de fuerza estraordinarias. Así lo hacian tambien los au-

tiguos delante de la imagen de Hércules para celebrar ó imitar los trabajos que libraron á la tierra de los monstruos que la infestaban: la república de Venecia conservó por largo tiempo los mismos juegos, que celebraba dos veces al año para renovar la emulacion de sus dos grandes facciones, los *Nicolotti* y los *Castellani*.

La festividad de esta imagen tiene el mismo origen poco mas ó ménos que las festividades todas traídas por los españoles á los mexicanos: milagros que avergonzarian á sus inventores en cualquiera otra parte, aquí han sorprendido la ignorancia, la credulidad y la bolsa de estos pueblos. No os referiré sino una circunstancia singular que ha multiplicado la imagen.

Ella consiste en una estatua. Los primeros Cañedos la consagraron á nuestra señora de *Cabecon*, nombre de la hacienda que tambien sirvió para bautizar la iglesia. Los habitantes de Ameca pidieron que la imagen fuese trasportada al pueblo por nueve dias, con el objeto de que les favoreciese con los milagros

que obraba en la hacienda todo el año. Los Cañedos no estaban inclinados á desistir del privilegio local y esclusivo de estos milagros; pero los clérigos y los frailes tenían interes en sostener la petición de los indios. Cedieron finalmente.

En una de estas procesiones anuales cayó la estatua y se rompió no sé qué miembro: los Cañedos pretestaron este incidente para oponerse á la continuacion del transporte; mas los sacerdotes indios para quitar diferencias propusieron mandar hacer una semejante que la representase. Conocieron el lazo los Cañedos, y consintiendo en que sacasen la copia, estipularon que esta copia permaneceria con el original todo el año á escepcion de los nueve dias de la fiesta. No eran ellos hombres que permitian que se traficase con sus derechos, tenían poder é influencia en el alto clero de la capital de la provincia y ganaron el pleito. En tal estado quedaron las cosas: únicamente se estableció que para distinguir *el original de la copia*, la una se llamaria la *Virgen principal*, la otra la *Peregrina*. Pasemos ahora á ver esa solemnidad en Ameca.

El día en que los indios entran al pueblo con la *Peregrina*, ofrece un espectáculo único. Representaos, todas las estravagancias de los *Isicia* en Egipto, de los judios ante la arca y el becerro de oro: de los Gerofantes en Eleusis, de los *Salli* en Roma; de los *Faquirs* en la India; de todos los mimos de los teatros antiguos y modernos; y no tendréis sino una idea muy débil de lo que son estos indios en presencia de esta virgen, en todo el espacio de las veinte millas que anda la procesion y particularmente á su entrada á la poblacion y á la iglesia de Ameca. Imaginaos á estos *atleti* desfigurados por el polvo y sudor, quemados, su cabeza herida perpendicularmente por los rayos de un sol abrasador y estenuados de fatiga y abstinencia, porque es prohibido comer y beber durante esta peregrinacion, igualmente usada tambien entre los judios, los ejipticos, los griegos y los romanos, y aun entre los mexicanos por largo tiempo ántes de la conquista; cuando festejaban á su *Huitzilipustli*.

Mas lo que hay de mas raro, condesa, es

que en esta turba fanatica encuentran vuestros ojos á los ministros de casi todos los cultos de la antigüedad, hasta los *Camilli*, los *Flamini*, los *Tibicinos*, los *Tubicinos* &c. y no se ve uno solo de los de la religion que estos indios creen profesar actualmente. El cura, sacerdote de talentos que le han grangeado el nombramiento de representante mexicano en las cortes españolas, jamas se encuentra allí, ni tampoco otros dos sacerdotes que tambien han querido evitarse la vergüenza de que se les vea en esto. En este dia del año fingen una indisposicion para dispensarse de asistir á esta especie de bacanal.

Durante los dias de la festividad, la poblacion no es mas que un teatro crapuloso de libertinaje y de escándalos, un asilo de ladroncillos rateros, la morada de toda especie de vicios.

Ameca es una gran poblacion de indios y de criollos. Esta situada á la estremidad, y al Oeste-nor-oeste de aquel vasto valle ó meseta que os hice ver desde Cocula. Todos los establecimientos de este valle son el pro-

ducto de ricas minas que explotaban allí. La de *Palmareco* á diez millas al Oeste de Ameca ha rendido algunas veces hasta un ochenta por ciento. No hay dificultad en creer esto teniendo á la vista la muestra que pude procurarme. Segun todas las apariencias estas minas se han agotado ó emborrascado tambien. Sin embargo yo visité una recientemente abierta á cuatro millas hácia el Norte que promete pingües frutos particularmente en oro. Conservo una hermosa muestra del oro de esta mina, que fué abierta en una montaña adornada con toda especie de árboles frutales del pais: su situacion sola invita, sin necesidad del atractivo del oro.

Los habitantes de Ameca dejando de creerme un Iturbide ó un Iturbidista, me tomaron por un ingles que corria el mundo en busca de minas. Me rodearon por lo mismo de grandes proyectos, de brillantes esperanzas: si les hubiese prestado mi atencion me habria convertido en un *Creso próximo á germinar*. Difícilmente logré persuadirlos que salia de un pais en que no hay *Guineas* (esto los ater-

rorizó) desde que toda especie de bárbaros lo habian mil veces transitado; que peregrino, solitario, sin proteccion y sin *saber hacer nada* no podia ser otra cosa que un pobre *pacotillero*. Sus importunaciones acabaron con sus engaños.

Las minas eran otras veces el objeto de la codicia, recurso principal de México; actualmente no son mas que un accesorio, gracias á los progresos siempre crecientes de la agricultura cuyos productos sobrepasan á las necesidades de los mexicanos. En cuanto al lujo las minas nunca dejarán de proveerlo abundantemente. Por lo mismo, la religion, la instruccion y la moral son los objetos que actualmente reclaman su solicitud. Lo demas vendrá por su propio pié.

El rio de Ameca baña la parte meridional de la poblacion. Contenido en un lecho angosto y profundo, conserva abundantes aguas todo el año. Sus fuentes saltan al pié de la misma montaña que acabamos de ver á cuarenta millas mas arriba al Este-nor-oeste y casi á la mitad del camino de Ameca á Gua-

dalajara. Se me asegura que su curso nada tiene de impetuoso hasta sus embocaduras, y que no encuentra sino pequeños saltos en su descenso al Pacifico. Qué recursos para todos los ricos países que atraviesa si pudiese convertirse en navegable ó formar un canal que lo fuese! En Ameca comienza á llevar grandes canoas. Me incomoda la idea de que leyendo mis memorias no me podáis ver en este hermoso pais, ni aun en la carta que aun no hace mencion de él.

El paso de la montaña de Ameca á Aguascalco es un escalon mas. Los Gallos me encantan, Mescala me asombra, este me conmueve vivamente. El valle que serpea á la par con el riachuelo encantador por espacio de dos ó tres millas entre dos altas montañas, habla un lenguaje que va directamente al alma. He derramado en él abundantes lágrimas, tierno solaz de que tengo frecuentemente una imperiosa necesidad y que me rehusa la naturaleza. *Est quedam flere voluptas!*

Peregrino en estas lejanas regiones, el corazón constantemente ocupado de mi patria

infortunada, de lo que perdí en ella, y que amo todavía; combatido por lo que he dejado á mis espaldas en Cocula; suspirando sobre lo pasado, agitado por lo presente, y no mirando en el porvenir sino turbulentos dias, el murmullo de estas ondas, esta sombría soledad, este silencio mortal interrumpido tan solo por el canto melodioso ó plañidor, pero que siempre conmueve, de los elocuentes pajariños; despertaban en mí un combate de mil opeuestos sentimientos.

El descenso del otro lado de la montaña hácia Aguascalco no ofrece mas notable que sus precipicios. Esta montaña, principalmente su parte meridional, encierra segun se dice grandes tesoros. Descúbrense algunas veces en estas quebradas pequeñas porciones de oro natural. Yo tengo una.

Aguascalco está á veinticinco millas de Ameca. Es un gran pueblo habitado particularmente por indios. Aquí me acusó mi criado ante el alcalde, diciéndole que yo *mapeaba*, es decir que sacaba planos del pais, hacia notas &c.—Yo respondí al alcalde que no le

vantaba planos, sintiendo mucho que mi lápiz no me lo permitiese, y ávido de ofrecer á la geografía y á él mismo mas seguros datos del país; que en cuanto á las notas las hacia en verdad, y aun me ocupaba en ellas de los *buenos y malos alcaldes*. El tenia talento y penetracion; vió desde luego que no era yo un hombre peligroso ni que traia las *buenas nuevas*. Recibi mil cumplimientos de su parte y de la de su amable familia. En cuanto á mi criado tiempo hacia que me habia enfadado con la especie de que yo le habia hecho andar *todos los mundos* en lugar de ir directamente de Aranda á Guadalajara. Comprendi lo que queria y lo despedí.

Es digno de notarse que estos criados ya sea que se marchen de buen ó mal semblante jamas manifiestan arrepentimiento ni dan escusa alguna ni se someten á la menor humillacion. Tampoco os saludan cuando parten y son tan orgullosos como los artabanos. Aunque me irritan sus modales no dejo por esto de estimarlos. Que vengan ahora á decirnos que tales gentes son brutos. En nin-

gun país según creo pueden hacerse *hombres del pueblo*—bajo como en México. Es necesario sin embargo esceptuar á los Estados Unidos, único país del mundo en que no hay canalla.—El alcalde me dió un criado de su confianza; él la justificó bastante aunque tenia el aire de un verdadero *chichimeca*. En Agualulco si podéis verme en la carta: es esta una hermosa poblacion situada en medio de una gran planicie casi tan vasta como aquella que de Cocula conduce á Ameca, pero mucho mas baja.

Hezellan, á quince millas al Nor-ocete de Agualulco fué en otro tiempo rico en minas: la vecindad de un hermoso convento de franciscanos es de esto la mejor prueba: estos hermanos han tenido siempre cuidado de colocarse cerca de tales lugares. Todavía se recoje allí alguna *platilla* y *algún orillo*; pero como su explotacion está descuidada, estas minas no hacen gran ruido. En la poblacion se me colocó tambien en escena representando el papel de inglés: este papel es el que yo sé representar menos; así es que no tardé en ser re-

conocido por pobre y sin relacion alguna con los ricos que vienen aqui á especular. La dificultad mayor que encontré en Hezetlan y en todo México fué persuadir á los habitantes que mis viajes no tienen mas objeto que el de pasearme. Su manera de pensar se presta tan poco á esta idea que frecuentemente me hacian el honor de tomarme ó por un bellaco ó por un loco. En parte alguna he tenido que luchar contra la incredulidad, bajo este particular, como en México. Me agrada mucho ver espuesta mi filosofia á grandes pruebas; pero el amor propio y el orgullo murmuran y se amohinan de tener que bajar hasta la humillacion para desengañar á los indiscretos.

Hezetlan tiene un hermoso lago que se estiende de Sur á Norte hasta la villa de la Magdalena, éntrecortado por dos soberbias islas que los indios habitan y cultivan con sucesos.

La hacienda de las Estancias á doce millas de Hezetlan, siempre en la direccion de Norte á Oeste, debe á una antigua mina su existencia y la rica cultura de sus derroteros.

Las aguas de un lago que baña sus tierras parece llenaron esta mina sin dejar esperanza de desaguarla. Dicese que ha dado considerables riquezas, y el país atestigua esta aseveracion con sus tierras que en otro tiempo desiertas hoy se encuéntran convertidas en los mas fértiles campos.

La escarpada montaña que se baja para llegar alli es una de las grandes escalas que conducen al Pacifico y no ménos profunda que la que nós dirigió á Atotonilco. La mina se oculta bajo esta escala. Recursos pecuniarios y sobre todo de hidráulica y de mecánica, cuyos principios los mas elementares se ignoran aqui del todo, harian de ella un gran objeto de especulacion. Pero he descubierto aqui tambien una mina por mí mismo y esto ocasiona que yo que me contento á veces con algunas curiosidades propias tan solo para recordar mis peregrinaciones, me detenga sin embargo dos dias para conseguir explotarla.

El cura de la hacienda es un viejo fraile franciscano, que ha permanecido diez y ocho años en las misiones de la California. Entre

Las cosas curiosas que reunió en este largo espacio de tiempo, se halla una hermosa colección de perlas de todos colores, de bella forma, de una pulidez y brillo de la más rara hermosura y algunas de un tamaño poco común. Los *Lapizlázuli* sobre todo, las violetas y las negras me hicieron abrir unos ojos tan grandes como ventanas. Comencé á tratar con afabilidad al reverendo padre pero lo encontré duro. Le hablé *latin* y le agradaba; le hablé de Asis, de San Francisco, de la última y pretendida invención del cuerpo de este gran taumaturgo, de sus hermosos conventos, de sus soberbias iglesias, de sus obesos frailes, de Santa Clara: se congratulaba más todavía. Le hablé de Roma, de los Cardenales, del Papa, de San Pedro, del Vaticano, de toda la cristiandad tal cual fué sin mezclarme en lo que es y será: entonces comenzó á abrir tamaño boca. Entonces yo para estrechar más el reducto, mezclé mi historia y mi *latin* con una pequeña parte de lo que formaba lo mejor de mi *pacotilla*, y sus ojos comenzaron á abrirse como los míos; pero no obs-

tante, resistía á mi táctica: emprendí el asalto y tuve varios encuentros sin darle tiempo para rehacerse y atacarlo siempre por su flanco más débil. Al fin puse en juego mi repetición de oro: al son de esta música que por primera vez lisonjaba sus oídos, al aspecto de este enemigo formidable, se rindió y tiró sus armas: Yo me apoderé de ellas; pero mi *pacotilla* recibió allí golpes verdaderamente mortales; y cada vez que deseó saber qué hora es conozeó más y más que la victoria no me ha costado poca cosa.

Habréis sin duda oído hablar del hermoso collar de perlas negras que poseía la antigua reina de España, la madre del amable Fernando; actualmente se le cree perdido; al ménos dicen algunos que el príncipe de la paz se apoderó de él, otros que cayó en las garras de Murat y que no pareció más. Pues bien, el padre Diego de Galicia, prior de las misiones en California, fué quien poco á poco juntó estas perlas, las regaló al virey Iturrigaray, quien á su vez las puso á los pies de la reina. Las mías fueron recogidas en el mis-

mo banco que aquellas. Las que presentan una variedad y hermosura prodigiosa de colores, ofrecen segun creo una coleccion única quizá en su especie. (*)

Conseguí tambien algunas otras bagatelas como conchitas que me parecen muy raras; y este juicio me es tanto mas permitido cuanto que la conchiología es el ramo de historia natural en que yo soy ménos ciego. Son estas tres *nerites*, dos *Calyptra*, un *turbo*, una *Teredo*, una *Serpula*, dos *murices* un *buccinum*, y un *donax* especies todas nuevas para mí: un individuo particularmente que parece pertenecer á las avículas ó pentadinas de una delicadeza que el mas ligero soplo se llevaria, y que el menor contacto romperia porque tienen escamas ú hojillas casi capilares. Este

(*) Este fué el juicio que de ella se formó por los profesores sabios de Inglaterra y del Museo de historia natural de Paris, particularmente por Mr. Audoin profesor en el jardin del rey, quien me hizo el honor de pedirme algunas para el Museo.

individuo ofrece una concha muy rara (2) en mi opinion: olvidaba un *Vertigo pellis serpentis* de la mas grande belleza.

Una planicie entrecortada de pequeñas colinas conduce de las Estancias á un valle que repentinamente presenta á la vista del viagero abismos y precipicios profundos. Lo que redobra la sorpresa á vista de esta escena es que nada los anuncia ni aun á cincuenta toesas ántes de llegar á ellos: mi criado lo ignoraba. Sentado sobre un peñasco permanecí media hora con la vista fija sobre estos caós ¿Cómo esplicaros lo que sentia? Mi éxtasis esplicaba aquellas contemplaciones que fijaban á los anacoretas en la Tebaida. Es el egercicio del alma que se alimenta sin distraccion de este *Grande*, de este *Incomprensible*, que una soledad tambien incomprensible puede únicamente nutrirla sin que jamas se sacie. Arreglamos nuestra carga y bajámos.

(2) El duque de Rivoli posee uno pero ménos delicado que el mio, en su coleccion la mas rica que conozco en conchiología.